

EL CENTRO

Nació en 1992 en un pueblo de carretera, hijo de una maestra y de un médico de familia que se pasaban el día conduciendo. De ellos heredó una concepción rígida de la justicia y el trabajo. Del reconocimiento. Aprender un oficio y ahorrar. Destacar. Porque esto es un pozo, le decían, y hay que largarse.

Juan, ojos pequeños (quizá demasiado juntos) y pelo ralo que a veces engomina, se considera inconformista. Un tipo ambicioso y resolutivo, probablemente obsesionado con el dinero. Un asturiano que se exilió sin motivo aparente. Un rebotado de económicas que decidió probar suerte en Salamanca.

La indiferencia, una especie de extraña inercia, le lleva a pluriemplearse durante los últimos días de junio.

Yo soy un mercenario, dice tras firmar su segundo contrato en apenas una semana. No es una decisión demasiado consciente: acaba de terminar tercero de Educación Social, y necesita dinero. Pero la urgencia no justifica perder el verano. Al menos esa es la opinión de Sara, su pareja y también compañera de clase, que observa con escepticismo cómo Juan acepta dos turnos que comprenden más de doce horas diarias.

En Asturias ya hizo sus pinitos en la hostelería. De camarero, y también de pinche. Quemando patatas y croquetas en Mieres. Le dijeron que no valía, que era muy torpe y lento. Que buscara otra cosa. Y con lo poco que ahorró durante aquel verano, se fue a Salamanca. Sus padres fueron claros. Ya hemos perdido dos mil el año pasado, búscate la vida.

No ingresó la beca hasta pasado un año. Le pagaron la matrícula, pero para cubrir el resto de gastos, Juan volvió a poner cañas. Mal, por supuesto. Lo suyo eran los botellines y los chupitos. También demostraba aptitudes para ignorar al

personal. O para quedarse las propinas. Era el típico camarero pasota. Perdonavidas. Que bebe y come jamón cuando la jefa no mira. De los que no se lavan las manos y a veces ni saludan.

Eran curros esporádicos; un mes, algunos fines de semana, lo justo para ir tirando. Despidos por retrasos, resacas vergonzosas o discusiones en general.

En Navidad también hizo una sustitución en una tienda de juguetes donde vendía legos y libros de Arturo Pérez Reverte. Después, un par de semanas en una zapatería para cubrir unas vacaciones. Todo tan efímero que ni siquiera podía pedir el paro.

Fue Sara quien le propuso sacar el curso de monitor durante el segundo semestre. Y se metieron juntos.

El plan era sacar el título en un mes, de forma que la parte teórica se redujo a una semana intensiva en el albergue Llano Alto, en Béjar (clases por la mañana y por la tarde), y otros siete días en el campamento juvenil La Legoriza, al cuidado de noventa niños que recordaban a una marabunta ruidosa e inocente, piensa Juan, puro descontrol, inmersión, una convivencia que, pese a la presencia de otras dos monitoras, o las horas de clases de inglés y ciencias naturales, apenas dejaba espacio a la reflexión o al ocio.

Y sin embargo, a Juan le gustó trabajar con niños. Le sorprendió su frescura, su ansia de novedad. Y descubrió su facilidad para relacionarse con ellos, para comprenderlos. Notó que a los chavales les gustaba estar con él, que le hacían caso. Sara le llevó de la mano, relativizó la responsabilidad. Una semana rodeados de preadolescentes que les regalaban pulseras y carteras artesanales.

De modo que durante su primer año en Salamanca Juan se enamoró y encontró un empleo que, al menos en parte, le hacía sentirse realizado. Igualmente tuvo que volver un mes a Mieres, donde constató que los niños tienden a ser más amables que los borrachos. Pero después todo vino más rodado; la beca para la matrícula, curros más tranquilos y descansados. Y la progresiva consolidación de su independencia.

Por eso, cuando coincide en la cafetería de la facultad con uno de los coordinadores de los campamentos de verano que organiza la Universidad de Salamanca, Juan se apresura

a ofrecerse y a mandarle el currículum por correo electrónico; le habla de su experiencia, intenta convencerle mencionando nombres de profesores, asociaciones y pueblos donde ha trabajado o donde le gustaría trabajar.

Al cabo de cinco días, le llaman para proponerle una media jornada hasta principios de agosto. Veinte horas a la semana de lunes a viernes. La sede es la propia Facultad de Educación, a unos diez minutos andando, un trayecto que podría recorrer con los ojos cerrados.

Son cuatro monitores y dos chicas de prácticas para sesenta niños de entre cinco y diez años, dos sueldos que se ahorran, se dice Juan, que tampoco tarda en comprender que cuidan de los hijos de los profesores mientras están de vacaciones.

Por otro lado, nunca ha trabajado con niños tan pequeños. De primeras cree que será sencillo. Pero también estresante. Lo que confirma cuando ni los responsables ni la propia facultad se molestan en proporcionarles materiales o programas, tan solo algunos balones, lápices y rollos de papel continuo. No es un campamento de inglés ni científico ni deportivo, les dicen, es un campamento de verano. Apaños.

Así que ponen en marcha su imaginación para entretener a los niños de diez a dos. Hacen tres grupos, veinte niños por pareja. El deporte, mejor a primera hora. A partir de las doce urge buscar la sombra. El sol en lo alto como un martillo.

Juegan a campos quemados y al pañuelo. Hacen rutas y excursiones. Visitan distintas facultades, laboratorios, teatros, aulas, la radio y la tele de la universidad, el invernadero. Caminan entre las ruinas de la Facultad de Bellas Artes. Les esconden los bocadillos en arbustos y recovecos de muros para intentar llevar a cabo juegos de orientación. Unen hambre y diversión.

Luego están las yincanas cutres y las guerras de agua. Que son refrescantes, pero implican que Juan, como único varón, es quien debe secar y cambiarles el bañador a más de cuarenta niños.

También deben esperar a los padres que se retrasan al ir a buscar a sus hijos, a veces embutidos en papel continuo. Independientemente del disfraz pensado, siempre parecen pequeñas momias hambrientas.

Los lunes suelen quedar un poco antes para organizar la semana. Aunque en ocasiones las ideas aparecen de un modo espontáneo: ¿y si mañana los llevamos a jugar al fútbol y dejamos la visita a Anaya para el lunes?

A Juan no le sorprende la improvisación. Hay que llenar las horas. Además, le gusta ser monitor. Vigila a los niños, se asegura de que beban agua y se mantengan unidos. Es el trabajo perfecto para el verano, piensa.

Por lo demás, sabe que debe administrar las fuerzas. Que es mejor esperar que gritar. Detener al grupo y atraer su atención. Generar momentos de seriedad. Porque en edades tan tempranas, piensa, los niños son ruidosos pero dóciles.

El problema es que en el contrato figura como experto en talleres, lo que comporta un salario de ocho euros la hora.

Juan no se conforma. Adecenta su currículum con una plantilla, e imprime unas veinte copias que reparte en centros cívicos, centros de día, academias y similares. También, aunque con cierto recelo, se registra en Infojobs. En cuanto realiza la primera búsqueda, se asombra ante la gran cantidad de ofertas de trabajo. Sin poner filtros, le aparecen anuncios tipo teleoperador, comercial, limpiador, soldador, bodeguero, dependiente, marmolista. Pincha en uno titulado “Mozo/a”. Requisitos mínimos: motivación y ganas de trabajar. Carga y descarga. Imprescindible llevar botas, reflectantes y guantes personales. De diez a dos. Continúa bajando: agente inmobiliario, vendedor, asesor, camarero de pisos de hotel. Juan pincha en el filtro “Jornada de tarde”. También en el de “Atención social”. La búsqueda se reduce. Al instante aparece la oferta de una ETT. En el anuncio (escrito de un modo atropellado, casi sospechoso, piensa) solo figura algo sobre atención a dependientes, una sustitución de tres meses y unas retribuciones considerables teniendo en cuenta el gremio, algo más de ochocientos euros por quincena. Observa que nadie se ha inscrito en la oferta. También que figura un número de teléfono, algo inusual en la plataforma. Llama sin pensarlo demasiado, y le citan la tarde del día siguiente en unas oficinas de la entreplanta de un lujoso edificio cerca de Van Dyck. Ni siquiera le preguntan

su nombre, solo le dicen que las entrevistas empiezan a las cinco y que tiene bastante gente delante.

Juan camina hacia Van Dyck arrastrando la calma soporífera de la siesta. Ha comido sushi con Sara. Son las cinco y media. Las nubes se han agrupado, sin llegar a atenuar la sensación de sofoco. Camina enérgicamente; su frente no tarda en perlarse de sudor. Lleva una camisa azul de manga corta y unos chinos negros. Se ha engominado el tupé. Siente la tensión y la incertidumbre propia de una entrevista, aunque, en realidad, sus expectativas son más bien bajas.

Llega al portal indicado; timbra y sube a la entreplanta. Tras la puerta entreabierta, un pasillo enmoquetado; al fondo, varias mujeres sentadas en sillas de plástico junto a una puerta cerrada. Una voz de hombre en sordina. Al acercarse se percata de que la mayoría rondan los cuarenta o los cincuenta años y son extranjeras: latinoamericanas, rumanas o del este de Europa que le miran con curiosidad. Juan saluda y pregunta: ¿es aquí la entrevista? Algunas asienten. No tiene hueco para sentarse. Camina en círculos.

A los cinco minutos se abre la puerta de un despacho y sale una ecuatoriana regordeta. Desde el interior, una voz de hombre lee dos apellidos. Los repite mientras una de las mujeres se levanta y entra. Juan es el último de la lista. Observando sus cutículas mordisqueadas, piensa que no tiene posibilidades de ser elegido. Que ha ido por cumplir.

Sobre las seis y media pasa a un pequeño despacho que huele a tabaco. Son entrevistas rápidas. Un hombre con bigote canoso y expresión cansada lo recibe apoyado en la ventana abierta. Se presenta como el coordinador de la empresa responsable, aunque, más adelante, Juan comprenderá que en realidad se trata de un administrativo.

Lee su currículum tras sopesar su valía con la mirada. Inevitablemente, se siente juzgado. Minusvalorado. Al instante le pregunta por la carrera: ¿Educación Social? Juan asiente. Esto es para un centro residencial de apoyo a las familias, dice el hombre. Acto seguido se sucede una ronda de preguntas:

¿Qué te atrae de la atención social? ¿Alguna vez has cuidado de personas con dependencia? ¿Y de ancianos? ¿Te consideras una persona paciente? ¿Crees que tienes capacidad de reacción? Juan responde con evasivas y balbuceos. Después dice que solo tiene experiencia con niños. Que sí tiene paciencia o al menos eso cree. Me queda un año para terminar la carrera, añade. El administrativo pasa entonces a preguntarle por su disponibilidad, de hecho, Juan tiene la sensación de que es lo único que le importa. Necesita gente para el turno de tarde. Le pregunta hasta en tres ocasiones si podría acudir todas las tardes durante los siguientes meses. La mirada del hombre transita nerviosamente entre el currículum y el rostro de Juan, que nota sus dudas. De pronto le despide con un gesto abrupto. Ya te llamaremos, dice al final.

Juan tardará apenas dos días en arrepentirse de haber acudido a la entrevista. Cuando le llaman para firmar el contrato, se fija en que el periodo de prueba coincide con el de la sustitución: tres meses.

Firma, y se centra en su pretensión de ahorrar. Haré lo que tenga que hacer, dice. Poco después le llega el rumor de que la gente no quiere trabajar en ese centro. Que no existen filtros de edad ni de patologías en la admisión de pacientes. Es un trabajo complicado, le dicen, propenso a los despidos masivos.

Sara niega con la cabeza. No comprende que Juan vaya a desperdiciar el verano sumido en una marea de días idénticos en la ciudad. Ella necesita movimiento, necesita viajar, sentir que aprovecha de algún modo la tregua de la rutina.

De hecho, conoció a Juan al empezar el grado. Ahora tiene veintiséis años y una mandíbula ancha que parece exagerar su delgadez. Lo que permanece invariable es la media melena oscura que suele mantener por debajo de los hombros, y la apariencia, en primera instancia, de una persona cerebral que tiende a la introspección.

A pesar de que la carrera se le antoja un mero trámite que (espera) la habilite para conseguir un empleo en el futuro,

es de las pocas que plantean proyectos mínimamente creativos o innovadores en el ámbito de la dependencia.

Si no fuera por Juan, sentiría que pierde el tiempo en clase. Ambos llegaron a la facultad tras diversos tumbos. Ambos confían en haber encontrado un ambiente donde sentirse realizados. En realidad, Sara intuye que lo suyo es la Educación Social. Pero los veranos son sagrados: no se plantea trabajar. Ya ha planificado gran parte de las vacaciones. Un interrail de dos semanas en julio. Una escapada a Portugal en agosto. Y calcula que la herencia le permitirá al menos otro año de calma.

Sin embargo, Juan busca vivir tranquilo durante el curso. Y eso que la casa, más allá del agua, el gas y la luz, es gratis. Juan y Sara viven en un piso antiguo que por las noches se ve envuelto en sucesiones de rítmicos crujidos. Se trata de otra herencia de la familia de Sara, ubicada en la calle Bolivia, una calle oscura pero acogedora, pegada a las vías del tren y a los muros que las flanquean. Es el típico barrio de bloques de ladrillo y carreteras unidireccionales que se entrecruzan. La infancia de Sara se sitúa en el pasadizo que conecta el centro con el este de la ciudad. El mismo que ahora Juan atraviesa notando una sensación extraña que asciende desde el estómago hasta obstruirle la garganta.

Acaba de enterarse de que ha conseguido el puesto por un vacío legal: los de la ETT se mueven en aguas movedizas. Saben del retraso en la publicación de una norma en el BOE por la cual deben contratar a titulados en atención sociosanitaria: gerocultores, auxiliares de enfermería o geriatría. Por tanto saben que en ese momento pueden contratar a cualquiera.

Más allá de la excusa de que estudie Educación Social, Juan comprende que buscan a alguien con buenas condiciones físicas para correr y cargar peso. También: que además de intrépidos como él, solo se presentan mujeres extranjeras.

No sabe si sentirse afortunado o utilizado. O incluso estafado. Así que continúa investigando y descubre que es una ETT de Florentino Pérez, un programa subvencionado a su vez por el Imserso, y por tanto con dinero público, destinado principalmente a que las familias de personas dependientes puedan descansar durante un par de semanas.

Al tratarse de un centro residencial cerrado, los pacientes pasan de estar presos en sus propias casas, a estarlo en pisos acondicionados, con rejas y cinturones en las camas. Pero esto lo sabrá más tarde. Los días previos al debut está acojonado ante la perspectiva de desempeñar un trabajo para el que no se siente preparado.

El hecho de compaginar dos jornadas laborales también lo inquieta. De algún modo, sospecha que no va a ser un empleo agradable ni mucho menos sencillo. Imagina que como mínimo tendrá que limpiar culos. Sara intenta hacerle ver que es una experiencia más. Juan asiente mientras intenta mentalizarse.

El centro está en las afueras de la zona norte. El fin de semana previo se acercan a verlo. En primera instancia les recuerda a una cárcel bien disimulada, con arbolitos, vallas pintadas de azul, seguridad privada amistosa, y un aparcamiento que linda con los bloques de tres plantas de apartamentos. Transmite calma, piensa. La lluvia que hace un par de horas refrescó el ambiente, intensifica ahora el aroma del césped y de los pinos del recinto. El paseo y la suavidad de la temperatura tranquilizan a Juan, que llega a decir: he tenido suerte, debo convencerme.

El lunes, después de comer (treinta y cuatro grados a la sombra), entra en el centro junto a algunas familias de los pacientes que han llegado con demasiada antelación. Nota las primeras miradas de curiosidad. Se presenta en recepción, donde le dan una bata, unos pantalones y unos zuecos con agujeritos. Todo blanco, como un enfermero. En el vestuario conoce a algunos compañeros. Uno de ellos se llama Beltrán; marcado acento canario, y un tono chulesco y un tanto paternalista al hablarle sobre los internos: los que muerden, los que se comen la mierda, un vasco gigante que parece un exboxeador. A Juan le tiemblan las manos. ¿Estás nervioso?, dice Beltrán, no te preocupes, en un par de días lo llevas.

Sigue a sus compañeros hasta una sala donde se integra en un círculo en torno a una señora de sesenta y tantos años: la coordinadora. Le llama la atención su carácter arisco y seco al repartir los turnos. Más tarde le dirán que esa señora lleva toda la vida atando y golpeando a los internos.

© del texto: Mateo Martínez Martija, 2024
© de esta edición: Milenio Publicaciones S. L., 2024
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-19884-54-1
DL: L 740-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.